

TRABAJO SOCIAL:
PERSPECTIVAS
CONTEMPORÁNEAS

Karen Healy

Ediciones Morata

EL PODER: UN ENFOQUE FOUCAULTIANO

FOUCAULT rechaza específicamente el modelo "jurídico-discursivo" de poder en el que se han basado tanto las teorías liberales como las revolucionarias del poder (SAWICKI, 1991, Pág. 52). Para FOUCAULT, este modelo, que contempla el poder como posesión de individuos y fuerza que se impone, es insuficiente para abarcar las operaciones del poder mediante las prácticas locales relacionadas con "nuestros cuerpos, nuestra existencia, nuestras vidas cotidianas" en la era moderna (FOUCAULT, 1978, Pág. 70).

Aunque FOUCAULT no trata de elaborar una teoría del poder, en su obra enuncia una serie de principios para el análisis del poder, SAWICKI (1991, Pág. 21) resume de este modo los elementos del enfoque del poder que utiliza FOUCAULT:

1. El poder se ejerce, no se posee.
2. El poder no es primordialmente represivo, sino productivo.
3. El poder se analiza de abajo arriba.

Esto significa que, en primer lugar, en la época moderna, el poder ya no puede considerarse como posesión de unos individuos o del Estado, sino que está en todas partes. FOUCAULT (1978) afirma que:

"El poder actúa a través de los elementos más pequeños: la familia, las relaciones sexuales, pero también las relaciones de domicilio, las barriadas, etc..., siempre descubrimos el poder como algo que 'traspasa', que actúa, que produce efectos" (Pág. 59).

En vez de comprender el poder mediante el análisis del Estado o de una estructura social superior, FOUCAULT dirige la atención al modo de ejercerse en contextos específicos de acción. En otras palabras, se centra menos en la identificación de qué o quién sea el opresor o el oprimido de acuerdo con un principio general superior; lo importante es comprender las prácticas a través de las cuales se ejerce el poder y se mantiene en el ámbito local. Aunque rechaza la idea de que los individuos posean el poder, la obra de FOUCAULT permite que la ubicación histórica y contextual de los individuos configure las clases de poder que puedan ejercer. BORDO (1993) afirma que "nadie lo tiene [el poder]; pero las personas y los grupos están situados de forma diferente dentro de él" (Pág. 191).

La segunda proposición de FOUCAULT es que el poder no sólo es represivo, sino también productivo. FOUCAULT (1980d) señala que:

Si el poder nunca fuera más que represivo, si nunca hiciera otra cosa que decir no, ¿creen realmente que podría hacerse que alguien le obedeciera? Lo que hace que el poder se mantenga sin dificultad, lo que

hace que se acepte es simplemente el hecho de que no sólo se cierna sobre nosotros como una fuerza que diga no, sino que examina y produce cosas, induce placer, formas de saber, produce discurso. (Pág. 119.)

Según FOUCAULT, el poder es productivo en la medida en que crea cosas, como discursos, saberes e "identidad". Un aspecto importante de la tesis de FOUCAULT es que, lejos de ignorar al individuo, el poder se ejerce a través del individuo, pues le categoriza, lo vincula a su identidad, le impone la ley de la verdad (FOUCAULT, 1982, Pág. 781).

FOUCAULT dice que las ciencias sociales y las profesiones asistenciales han desempeñado un papel vital al tender un puente entre el individuo y "la gestión eficiente de hombres y cosas- (FOUCAULT, 1981a, Pág. 25; L. MCNAY, 1994, Pág. 115). Estas ciencias contribuyen a las modalidades contemporáneas de gubernamentalidad, proporcionando métodos de observación de los más mínimos e íntimos detalles de la vida de los individuos y de intervención en ellos. En las sociedades modernas, la información suscitada mediante los métodos individualizadores de las ciencias humanas informa los sistemas de vigilancia (véase: FOUCAULT, 1981 a, 1991a).

Un aspecto importante de la crítica que hace FOUCAULT de las profesiones de servicio asistencial directo es que, a través de sus intervenciones "asistenciales", los profesionales de la asistencia hacen posible que el Estado dirija y discipline a sus ciudadanos (véase: FOUCAULT, 1981a, 1991a).

Hace mucho tiempo que los pensadores críticos que se ocupan del bienestar social conocen bien esta cuestión: que los servicios asistenciales a las personas sirven de medio para el control estatal. Sin embargo, el análisis de FOUCAULT indica también que es demasiado simplista contemplar las operaciones de los servicios de asistencia a las personas en exclusiva relación con la imposición del poder del Estado sobre el individuo. FOUCAULT sostiene que las personas participan de buen grado en las formas modernas del poder porque éste no sólo actúa para someterlas, sino para producir su sentido del yo, para inducir placer o para reforzar sus capacidades individuales.

Dicho en pocas palabras, no hay "yo" sin poder. FOUCAULT (1991 a, Pág. 139) habla de la "microfísica del poder" para describir las prácticas contemporáneas, como las formas de vigilancia y los horarios, a los que se someten voluntariamente los individuos con el fin de producir un tipo concreto de yo, cuerpo o alma. BARTKY (1988) utiliza las ideas de FOUCAULT para afirmar que las prácticas disciplinarias a las que muchas mujeres adultas someten su cuerpo en las culturas occidentales contemporáneas, como los regímenes alimenticios, de mantenimiento de forma y de aspecto, subyugan mediante el desarrollo de competencias y no sólo mediante la eliminación del poder.

Estas formas individualizadoras de poder están vinculadas al poder totalizador en la medida en que contribuyen a la producción de cierto tipo de población, más dócil y, al mismo tiempo, más útil al estado moderno.

Esta visión del poder, represiva y productiva, constituye una forma útil de explicar las complejas operaciones del poder entre los proveedores de servicios y los usuarios de los mismos en los estados contemporáneos de bienestar, porque, aunque es cierto que el control social es una dimensión importante del trabajo de los servicios sociales contemporáneos, esta idea no puede explicar las operaciones del poder que no se encuadran en una relación unilateral de control (GORDON, 1988).

Al destacar las dimensiones opresoras de la práctica profesional del trabajo social, los teóricos del trabajo social crítico no se han percatado de las dimensiones ambivalentes y, a veces, positivas de la actividad de los servicios asistenciales a personas en los contextos locales. WISE (1990) ilustra así la cuestión:

"Parece que muchas personas que escriben sobre el 'estigma' del trabajo social no se dan cuenta de que muchos clientes quieren tener a un trabajador social y arman un escándalo enorme si no pueden disponer de él" (Pág. 242).

Al promover una visión del poder como algo que opera a través de los individuos y no sobre ellos, la obra de FOUCAULT anima a los trabajadores sociales a descubrir las múltiples posibilidades del poder en los contextos locales de la práctica profesional (véase: HEALY, 1999).

En tercer lugar, en contraste con el enfoque deductivo del análisis adoptado por los científicos sociales críticos, FOUCAULT insiste en el orden ascendente del análisis. Una y otra vez, FOUCAULT (1978. 1991e) señala la insuficiencia analítica de los intentos de deducir estas relaciones de poder de los análisis de las superestructuras, porque estas explicaciones no logran recoger las múltiples y diferenciadas operaciones de las modernas tecnologías del poder.

En cambio, FOUCAULT defiende la investigación que comienza en contextos específicos de práctica social. Según FOUCAULT (1980e), habría que realizar un análisis ascendente del poder, comenzando por sus mecanismos infinitesimales, cada uno de los cuales tiene su propia historia, su propia trayectoria, sus propias técnicas y tácticas, y ver después cómo estos mecanismos de poder han sido —y siguen siendo— incorporados a otros mecanismos aún más generales y a formas de dominación global. (Pág. 99.)

FOUCAULT no niega la existencia de estructuras sociales opresoras, como el capitalismo o el patriarcado (en realidad, en su obra se refiere con frecuencia a la idea del capitalismo). Lo que rechaza es concederles prioridad en la explicación de

fenómenos locales. La superestructura no produce relaciones locales de poder: son, en cambio, las relaciones locales las que facilitan los fenómenos globales de poder. La obra de FOUCAULT anima a los trabajadores sociales a que busquen los ricos datos de la práctica cotidiana para comprender cómo se mantienen y cómo pueden cuestionarse las prácticas sociales.

DE LA IDENTIDAD A LA SUBJETIVIDAD: LA FUNCIÓN DEL DISCURSO

Los teóricos post estructurales rechazan la idea humanista de identidad, que sugiere que la identidad propia esté unificada y sea constante. Para FOUCAULT (1981b, Pág. 65), la idea de un sujeto humano estable ignora la función del discurso en la constitución del yo.

Los post estructuralistas prefieren utilizar la palabra "subjetividad" al término "identidad" para designar "los pensamientos y emociones conscientes e inconscientes de la persona, su sentido de sí misma y sus formas de entender su relación con el mundo" (WEEDON, 1987, Pág. 32).

Los post estructuralistas rechazan la idea de que los individuos tengan una identidad o esencia presocial, como la de "mujer" o "proletariado". En cambio, según ellos, la subjetividad de la persona se produce a través de discursos. B. DAVIES (1991) dice:

Sólo podemos hablarnos a nosotros mismos o ser hablados a la existencia en el marco de los términos de los discursos a nuestra disposición... nuestras pautas de deseos que consideramos indicadores fundamentales de nuestros yoes esenciales (como el deseo de libertad o autonomía o de rectitud moral) significan poco más que los discursos y las posiciones de sujeto que en ellos se ofrecen a los que podamos tener acceso. (Pág. 42.)

Según este punto de vista, las identidades que se nos adscriben, como "mujer" u "hombre", no tienen un significado fijo ni representan esencias fundamentales. El sentido del yo del sujeto se produce mediante discursos que establecen posiciones específicas de sujeto, como varón/mujer, trabajador/cliente, clase media/clase trabajadora. En ciertos contextos, pasan a primer plano determinadas categorías de identidad, mientras que otras se marginan y, como, por regla general, hay una serie de discursos que operan en cada contexto, un conjunto de identidades será relevante para la constitución del yo en esos contextos.

Las ciencias humanas y los movimientos sociales modernos han utilizado categorías de identidad en la medida en que reflejan la "realidad" o la "esencia" de la persona. De hecho, los profesionales críticos defienden el uso de las categorías de identidad como fundamento para la acción política. En cambio, las teorías post estructurales hacen hincapié en la inestabilidad de las identificaciones.

Desde una posición post estructural, se reconoce el carácter precario, contradictorio y reconstituido de nuevo cada vez que hablamos del propio sentido del yo (WEEDON, 1987, Pág. 33). Como los discursos a través de los cuales se constituye el yo son con frecuencia discontinuos e incoherentes, es probable que las diversas subjetividades que configuran la identidad se vivan de forma contradictoria (B. DAVIES, 1994, Pág. 43). Por ejemplo, las identidades de género, raza y clase social no se suman necesariamente en la misma dirección, y una identidad puede otorgar categoría, mientras que otra puede redundar en perjuicio en un contexto concreto.

La práctica de la identificación colectiva, común a muchos movimientos sociales contemporáneos, se cuestiona cuando la teoría post estructural señala que las identificaciones compartidas, como las de "mujer" y "proletariado", no constituyen ninguna base de cualesquiera intereses políticos comunes.

Desde esta perspectiva, los discursos y las posiciones de sujeto que ponen a nuestra disposición o desde las que se nos excluye afectan mucho nuestra forma de vida. Una dirección de la práctica política es la de los discursos desestabilizadores que mantienen la opresión excluyendo a los individuos de posiciones de sujeto no opresoras, o los que confinan a los individuos a un reducido conjunto de posibilidades. Por ejemplo, en algunos discursos feministas contemporáneos, se ha entablado una lucha para renombrar a las "víctimas" de la violencia como "supervivientes", porque se dice que esta última categoría recoge de forma más completa y positiva las capacidades y el potencial de las personas que han vivido una violación.

EL FEMINISMO POST ESTRUCTURAL RADICAL

En la extensa interacción entre las teorías "post" y el pensamiento feminista, han surgido diversas posturas feministas post estructurales y postmodernas. Empleo la expresión "feminismo post estructural radical" para referirme a la obra de las pensadoras feministas contemporáneas que utilizan las ideas post estructurales para transformar las operaciones de los discursos sociales y políticos que mantienen la opresión de género.

En este análisis, me baso en primer lugar en la obra de Helene Cixous y de diversas teóricas sociales feministas, sobre todo GATENS, GROSZ y YEATMAN. Las feministas post estructurales radicales cuestionan la lógica esencialista de los discursos sociales y políticos modernos, incluyendo las prácticas feministas modernas. Sostengo que las ideas de este variado conjunto de trabajos pueden apartar a los trabajadores sociales

Muchos discursos críticos, incluyendo teorías feministas de la práctica profesional, han reforzado la oposición entre lo estructural (en el sentido de grande e importante) y lo local (con referencia a las prácticas a pequeña escala con individuos, grupos y comunidades). Paradójicamente, mediante este esquema, en el que se privilegia lo estructural como ámbito en el que tiene lugar el auténtico trabajo de emancipación y resistencia, se devalúa la práctica profesional de prestación de servicios, que suelen realizar las mujeres, como ámbitos de teorización y transformación.

En cambio, el reconocimiento de un espectro de actividad transformadora cuestiona profundamente las premisas muy marcadas por el género de las teorías contemporáneas de la práctica crítica, y hace posible la aparición de diversos activismos en el trabajo social. Es más, la idea de la *écriture féminine* de Cixous tiene relevancia a la hora de revisar los procesos mediante los que se desarrollan las teorías de la práctica del trabajo social. Puede cuestionar los enfoques autoritarios que basan el análisis de la práctica en las grandes descripciones propias de la modernidad, sin inmutarse ante las incertidumbres, la complejidad y las irracionalidades de la práctica y despreciándolas incluso.

El principio de la *écriture féminine* de utilizar lo que es marginal para cuestionar lo central puede emplearse para usar lo que es marginal en la teoría moderna de la práctica, es decir, las diversas prácticas y ubicaciones del trabajo social, para hacer trizas las proposiciones esencialistas de la teoría del trabajo social. Esto no supone la adopción de un enfoque de la teoría de la práctica del estilo de "lodo vale", sino comprometerse con la diversidad de las prácticas de trabajo social con el fin de descubrir lo que "es" y lo que puede ser el trabajo social.

EL REPLANTEAMIENTO DE LA POLÍTICA: PRINCIPIOS PARA LA ACCIÓN

El post estructuralismo golpea en el núcleo de las teorías modernas, incluyendo las teorías críticas, en las que se han basado muchos movimientos emancipadores y teorías progresistas del trabajo social.

A pesar de la diversidad y los desacuerdos entre los principales pensadores post estructuralistas mencionados en este libro, sus trabajos tienen ciertas consecuencias comunes para la práctica política.

Las obras de FOUCAULT y de las feministas post-estructurales radicales promueven unas prácticas políticas heterogéneas que están sometidas al cuestionamiento y a la negociación permanente en los lugares en los que se desarrolla la práctica profesional. En el resto del capítulo, investigaré algunas líneas de evolución en las que las teorías aquí expuestas pueden desarrollar una acción política emancipadora, lo que constituirá la base del próximo capítulo, en el que destacaré las consecuencias para los supuestos fundamentales de las prácticas profesionales del trabajo social crítico.

HACIA UNA POLÍTICA DEL DETALLE

Las obras de FOUCAULT y de las feministas post estructurales radicales conceden prioridad a los contextos y prácticas sociales locales en cuanto ámbitos de análisis y de acción. Estos pensadores "se oponen a cualquier tendencia a totalizar lo que consideran complejo y multifacético" (KENWAY, 1992, Pág. 124).

Los discursos totalizadores de la modernidad han tendido a devaluar el grado en el que los contextos históricos y locales, como los de organización, configuran y limitan la actividad política. Así, estos discursos producen estrategias universales de cambio cuya utilidad es discutible en contextos sociales concretos. Por ejemplo, como expondré con detenimiento en el Capítulo V, gran parte de las discusiones sobre la participación de los usuarios del servicio en el trabajo social se ha centrado en minimizar las obligaciones reglamentarias y de organización que tienen muchos trabajadores. ¡Si se reconocen estas limitaciones! Es más, el enfoque de los discursos críticos, centrado en la totalidad social, puede llevar a la alienación política al devaluar de forma consistente los cambios locales en comparación con el objetivo de la completa transformación (GIBSON-GRAHAM, 1995).

Las teorías post estructurales a las que nos referimos en este capítulo siguen una dirección hacia la "política de detalle" en la que la comprensión de poder, de la identidad y de los procesos de cambio comienza en el análisis de las prácticas sociales de todos los días (BENNETT, 1998). Este enfoque centrado en los detalles promueve el compromiso con las aspiraciones y las posibilidades locales de cambio y la sensibilidad respecto a los obstáculos inmediatos para la transformación. A modo de ilustración, SMILEY (descrito en PRINGLE, 1995) dice que, "en vez de imponer a las "mujeres" las identidades de potenciales derrocadoras del orden patriarcal, es mejor comenzar con las cuestiones prácticas acerca de la capacitación y la discapacitación" (página 210).

Este enfoque promueve el análisis detallado de las prácticas locales que mantienen la opresión como fundamento de la comprensión del modo de oponerse a esas prácticas y transformarlas.

El post estructuralismo contribuye a revalorizar las prácticas locales del trabajo social, como ámbitos de información y transformación, que, por regla general, se desarrolla con personas, grupos y comunidades.

EL CUESTIONAMIENTO Y LA REFORMULACIÓN DE LAS IDEAS DE CAMBIO

Los post estructuralistas sospechan de las afirmaciones modernas sobre el progreso, en especial de la afirmación de que el pensamiento racional sea el precursor de unas estrategias eficaces de cambio.

Desde la perspectiva post estructural, el ideal de avanzar gracias a la racionalidad tiende a justificar las formas científicas y racionales de saber. La ecuación del progreso que utiliza "avanzar", en vez de "moverse de forma diferente", devalúa la acción que no se adapte a una única idea de progreso.

Esto contribuye a la ceguera ante los efectos restrictivos de prácticas que se ajustan a un ideal progresista, así como a la incapacidad de reconocer las formas de progreso que no encajan en las definiciones establecidas de esa expresión. Por ejemplo, estos discursos han marginado el potencial crítico de determinados contextos de práctica con la consecuencia de que se sepa poco de las prácticas "progresistas" que se desarrollan en medios convencionales, como hospitales, prisiones y organismos de protección de los menores.

Otro problema consiste en que la insistencia en la racionalidad puede hacer que se pasen por alto otras formas de saber, como el corporal y el emocional. Los procesos de concienciación, que suelen promoverse dentro de los modelos de práctica activista, proporcionan una ilustración de las posibilidades de que las prácticas activistas prescindan de las formas no racionales de saber.

Los procesos de concienciación pasan por alto una gran cantidad de formas de impedir o hacer posible el cambio del saber corporal e irracional o emocional. Por ejemplo, como mostraré en el Capítulo VI, en el contexto práctico crítico en el que tomé parte, el compromiso de las participantes con un discurso feminista las ayudó a hacer suyos los valores de "independencia" y "supervivencia", pero a costa de suprimir su forma de permanecer "dependientes" y "víctimas" en algunos contextos de sus vidas.

En su compromiso con las ideas únicas, lineales y racionales de progreso, los activistas participan, paradójicamente, en la "renovación continua de las estructuras vigentes de poder y dominación" (ROJEK y cols., 1988, página 134). En cambio, la teoría post estructural crítica rechaza estas ideas únicas de progreso y lleva a la diversificación de lo que se considere "verdad" y, por tanto, de lo que se considere cambio significativo. Mediante el cuestionamiento y la deconstrucción continuos del discurso, la teoría post estructural lleva a la multiplicación de "lo que se considere verdadero, racional y válido" (GROSZ, 1990, Pág. 167).

La importancia que el rechazo de las ideas únicas de progreso pueda tener para los trabajadores sociales estriba en que puede apartarlos de los intentos de fijar la esencia del trabajo social y, en cambio, hacer que pongan de manifiesto la heterogeneidad de posibilidades de práctica progresista relevantes para los distintos contextos en los que se lleva a cabo el trabajo social.

LA ATENCIÓN PREFERENTE A LAS PRÁCTICAS SOCIALES EN VEZ DE A LAS IDENTIDADES SOCIALES

Las obras post estructurales que se tratan en este capítulo cuestionan radicalmente la política de identidad en la que se basan muchos movimientos sociales modernos.

En primer lugar, FOUCAULT dice que la formación de las identidades es vital para las operaciones modernas de disciplina y vigilancia. El poder moderno opera vinculando a los individuos con unas identificaciones que, a su vez, requieren que el individuo se someta al poder (como ocurre con el poder de la escuela, la prisión, los servicios sociales, el gimnasio, el grupo de concienciación e, incluso, la clínica de belleza) con el fin de mantener un sentido coherente del yo.

Desde esta perspectiva, las prácticas de la política de identidad ejemplificada por la formación de identidades colectivas como "mujer", "homosexual" o "capaz de forma distinta" pueden reforzar las operaciones modernas del poder. Judith BUTLER (1995) sostiene que las estrategias feministas tratan de unificar a las mujeres en torno a la identidad de "mujer", de manera que:

Sin duda, hay que hacer aquí una advertencia acerca de que, en la misma lucha por la liberación y la democratización, podemos adoptar los mismos modelos de dominación que nos oprimen, sin darnos cuenta de que una de las formas de operar de la dominación consiste en la reglamentación y producción de súbditos. (Pág. 48.)

En consecuencia, abrazar una identificación consiste en interpretarse uno mismo en términos iguales a los que hacen posible la vigilancia y la disciplina.

En segundo lugar, algunas autoras, como YEATMAN (1993, 1995, 1997) y TAPPER (1993) han cuestionado la aceptación de la identidad en la medida en que esta práctica no sienta las bases de un compromiso positivo con la política y lleve, en cambio, a una política de rencor y odio. La política de resentimiento se basa en la idea de que la forma de interpretarse uno mismo a través del discurso como "hombre" o "mujer", "heterosexual" u "homosexual", "anglosajón" o "no anglosajón" predetermina el acceso de la persona al poder y, de manera muy significativa, a la categoría de "opresor" u "oprimido".

Hay que hacer dos advertencias importantes. La primera es que las categorías de "opresor" y "oprimido" están fijadas, de manera que las personas que se sitúan en la margen izquierda de esta dualidad son responsables, por su misma existencia, de la categoría de "oprimida" de la otra persona. El segundo pensamiento es que quienes se encuentran situados en la margen derecha de la dualidad tienen un acceso mínimo o nulo al poder y esa impotencia es prueba de la bondad del uno y la maldad del otro (TAPPER, 1993, página 134).

La política del resentimiento no es transformadora porque, de antemano, vacía de significado la investigación acerca del modo de constituirse las posiciones de "opresor" y "oprimido" y de cómo se mantienen en el ámbito local las prácticas sociales de opresión y, en consecuencia, cómo pueden discutirse (YEATMAN, 1997). Supone que, en último término, los individuos son las víctimas pasivas de sus identificaciones. Se considera que quienes tienen acceso al poder están poco interesados por la transformación de las relaciones sociales, mientras que los impotentes se representan como incapaces de acceder o de utilizar el poder para su propia potenciación (TAPPER, 1993, página 134; PRINGLE, 1995, Pág. 207). Esto limita la acción política a la crítica del poderoso, en vez de orientarla a la comprensión y transformación de las relaciones de poder, reforzando así la humanidad y la responsabilidad con la que se ejerza el poder.

Las obras post estructurales expuestas en este capítulo indican las muchas finalidades no democráticas y no emancipadoras con las que se ha relacionado la idea de "identidad" en las sociedades y prácticas políticas modernas. En contraste con la profesión de identidad efectuada por muchos movimientos sociales contemporáneos, FOUCAULT (1982) promueve la reinención constante del yo como estrategia de transgresión de los tipos de prácticas individualizadoras impuestas sobre las poblaciones de la época moderna.

Quizá los trabajadores sociales progresistas no puedan evitar las ideas de "opresor" y "oprimido" a causa de la utilidad de estos términos para hacer visibles las desigualdades sociales que, en otro caso, podrían parecer naturales. Sin embargo, las ideas "post" estimulan a los activistas para que se resistan a dar carta de realidad ontológica a estas categorías, es decir, convertirlas en la completa e inevitable definición de individuos y grupos y, en cambio, reorientar nuestras energías para comprender cómo se desarrollan localmente estas relaciones de sujeto y cómo es posible oponerse a ellas y transformarlas en los contextos locales de práctica y en la vida de los usuarios de los servicios.

DE LAS IDENTIDADES COLECTIVAS A LAS COALICIONES PROVISIONALES

Aunque los post estructuralistas rechacen la idea de un yo esencial como fundamento de la lucha compartida, la acción colectiva sigue siendo posible. No obstante, el "nosotros" de la actividad política compartida es siempre una categoría provisional y sólo se mantienen en la medida en que puedan identificarse problemas comunes (FOUCAULT, 1991c, Pág. 385). Si acaso, podría decirse que hay un núcleo de política post estructural que radica en el reconocimiento constante de la diferencia, que lleva, por tanto, a la imposibilidad de una única voz que hable por todas. En cambio, para muchos movimientos críticos contemporáneos, el post estructuralismo cuestiona la postura del punto de vista de que el carácter marginal de las identidades permite una comprensión más completa de la "verdad". Así, según L. MCNAY (1994): Las verdades de oposición articuladas desde abajo no tienen una posibilidad mayor de apelar a la "realidad" que la verdad oficial, pero tienen una función de resistencia o progresista en la medida en que obstaculizan la "dominación de la verdad" de quienes gobiernan. (Pág. 137.)

Para los post estructuralistas, no puede haber una Verdad, sino sólo verdades. Aunque las voces de las personas marginadas puedan cuestionar las apelaciones a la Verdad de los discursos profesionales e, incluso, políticos, ninguna voz es inocente con respecto a las operaciones del poder. Mediante la defensa de una política interna de discusión, los teóricos post estructurales, como FOUCAULT y las feministas post estructurales radicales, respaldan la creación de una especie de plurivocalidad, de manera que puedan escucharse voces diversas, se las pueda interrogar y estén representadas. En consecuencia, la política no supone un compromiso para toda la vida con una causa o identificación política, sino la aceptación de compromisos dinámicos y diversos.

HACIA UNAS PRÁCTICAS DE CAMBIO ABIERTAS Y BASADAS EN EL DIÁLOGO

En sus obras, FOUCAULT y las feministas post estructurales radicales manifiestan un profundo escepticismo acerca de las grandes descripciones de la modernidad. Los post estructuralistas cuestionan los intentos de imponer orden sobre las "realidades" y prácticas sociales, que ellos consideran intrínsecamente fragmentarias e inconstantes. De hecho, las visiones de un nuevo orden social que han guiado muchos movimientos sociales modernos se consideran dominadoras porque evitan el dinamismo de la subjetividad, el poder y el contexto (FOUCAULT, 1991f). A pesar de las enormes variaciones entre sus obras, FOUCAULT y las feministas post estructurales radicales sostienen que el peligro de las filosofías emancipadoras no radica tanto en su contenido como en su compromiso, con frecuencia no reconocido, con la Verdad. Su

voluntad de imponer la verdad a otros, aunque se perciba que se trata de una verdad emancipadora, conduce al cierre frente a otras proclamaciones de verdad.

En una espectacular revisión de la función de la teoría y de la crítica, los post estructuralistas a quienes nos hemos referido en este capítulo no tratan de describir la Verdad del mundo y, desde luego, no tienen muchas pretensiones de facilitar un plan de acción (FOUCAULT, 1991).

La filosofía es necesaria en la medida en que se interroga qué es. Sin embargo, su papel es el de un instrumento que se toma y se transforma en el curso de la acción. Los tipos abiertos de enfoque de la teoría aquí señalados muestran el autoritarismo intrínseco a las teorías de la práctica que han tratado de proclamar la verdad y dirigir la marcha. Al proponer un enfoque más abierto de la filosofía, la obra de los teóricos "post" críticos puede contribuir a unos enfoques más democráticos para la construcción de unas teorías de la práctica del trabajo social basadas en el respeto hacia los lugares en los que se desarrolla la práctica, en cuanto ámbitos diferentes, no inferiores, en los que comprender las prácticas profesionales del trabajo social crítico.

CONCLUSIÓN

El trabajo social es variable y los activistas deberían reconocer su variabilidad en vez de tratar de fijar la esencia de la práctica profesional. Al desestabilizar las proclamaciones de la verdad de las grandes descripciones de la modernidad, en las que se han basado los enfoques ortodoxos y críticos de la práctica, el post estructuralismo puede contribuir a la reinención y diversificación de los enfoques activistas de la práctica.

Los teóricos post estructurales otorgan un papel más modesto a la teoría. Cuando se reconoce que ni la "teoría" ni la "práctica" pueden decirnos toda la verdad, pero que, unidas, pueden fomentar la comprensión y la acción con respecto a las verdades y la heterogeneidad de las prácticas del trabajo social, aparecen las posibilidades democráticas de construir teorías acerca de las prácticas del trabajo social. La exploración más detenida de estas posibilidades es el tema del próximo capítulo.

En tercer lugar, los autores críticos discuten que las prácticas políticas progresistas puedan fundarse en la idea de la diversidad. Preocupa que la celebración de la diferencia no lleve a la justicia, sino a la aceptación acrítica de las diferencias producidas por desigualdades sociales y económicas fundamentales. Por ejemplo, aunque la insistencia en la diferencia aumente con respecto a los derechos de las madres adolescentes, también puede dejar en la penumbra las condiciones sociales que estructuran esta opción (HEALY y PEILE, 1995).

Además, algunos cuestionan que la diferencia y la incertidumbre constituyan una base suficiente para una postura progresista en los contextos de decisión política. TAYLOR-GOOBY (1993) afirma que, en un clima de retroceso de la provisión pública de servicios de bienestar, los grupos más pobres y marginales "no conseguirán atraer la atención adecuada si la diferencia, la diversidad y la elección se convierten en los temas clave de la política" (pagina 19).

Incluso entre los teóricos sociales críticos más receptivos ante ciertas dimensiones del pensamiento postestructural, existe la preocupación por la incapacidad de los teóricos contemporáneos de establecer los límites de la "celebración" de las diferencias. Como señala L. McNAY (1994), "es evidente que FOUCAULT hace juicios de valor acerca de lo que constituya una conducta política progresista y de lo que sea un abuso de poder o dominación de la verdad; sin embargo, no consigue hacer explícitos estos supuestos" (pág. 141). De modo parecido, Cixous no celebra los valores racistas ni patriarcales aunque pueda considerarse que forman parte del espectro de las diferencias. Es necesaria la articulación del marco normativo de las teorías postestructurales críticas para comprender las marginaciones y exclusiones que puedan fomentar estas perspectivas.

En cuarto lugar, los activistas dicen que las teorías postestructurales carecen de estrategias relevantes para las luchas políticas contemporáneas. Muchos autores progresistas están en desacuerdo con la subordinación "del estado" en los análisis que hace FOUCAULT del poder y de las prácticas de cambio. Según muchos analistas sociales progresistas, "FOUCAULT tenía razón, pero carecía de una teoría del estado... su concepción de la microfísica del poder no permite de ninguna manera que se conecten pequeñas luchas para constituir la base de una única lucha de la sociedad con potencial revolucionario" (BENNETT, 1998, pág. 63). De modo semejante, muchos activistas cuestionan la utilidad de las estrategias presentadas por los postestructuralistas, que, en su mayoría, se centran en la esfera lingüística, para llevar a cabo intervenciones eficaces en las "realidades" materiales del racismo, el sexismo y la pobreza. Por ejemplo, HARTSOCK (1990) observa: "la cuestión consiste en cambiar el mundo y no simplemente en redescubrirnos o reinterpretar el mundo una vez más" (pág. 172).

Es relevante preguntarse, como han hecho los radicales, si puede permitirse a los trabajadores sociales que adopten una perspectiva que no consigue ofrecer alternativas claras en una época en la que la sucesión de gobiernos conservadores que ha tenido el mundo occidental ha reducido de tal manera las actuaciones progresistas de bienestar. ELLERMANN (1998) señala que "cuando establecemos el procedimiento deconstructivo que requiere el análisis del discurso, parece no haber una base firme en la que fundarse ni verdades absolutas a las que podamos agarrarnos" (pág. 35).

Sin las certidumbres y las identidades que las teorías sociales críticas modernas nos han proporcionado, ¿para quién y con qué medios pueden luchar por la justicia los activistas?

Por último, a pesar de su promoción de la diversidad, la teoría postestructural ofrece poca cosa para la reconstrucción de los procesos políticos emancipadores. Por ejemplo, parece que se promueve la insistencia en lo local sin que se disponga de estrategias para oponerse a la dominación de las elites locales y a las proposiciones locales de verdad. Esto es problemático en la medida en que los procesos locales sean tan poco democráticos como los de la política de identidad que discuten los postestructuralistas.

Por tanto, la visión postestructural de unas prácticas políticas heterogéneas presenta defectos fundamentales en la medida en que no consiga reconocer los privilegios y las marginaciones que puedan darse, incluso, en los contextos locales de "diálogo".

La paradoja del postestructuralismo está en que, en su promoción de una postura no dogmática, no logra dominar sus propias posibilidades de rigidez (PEILE y MCCOUAT, 1997). No hay nada que impida que los supuestos del discurso postestructuralista, como la insistencia en la heterogeneidad, el carácter local y la complejidad, se conviertan en proposiciones de verdad en sí mismas. De hecho, a pesar de su antagonismo frente a las metanarraciones y a las grandes teorías, los teóricos postestructuralistas se basan en "aparatos disciplinarios de verdad", es decir, en convenciones mediante las que se establece y mantiene la verdad (FOUCAULT, citado en BARRETT, 1992, pág. 215). Es más, estos aparatos están eficazmente cerrados, como el carácter esotérico de gran parte de la teorización "post" queda fuera del alcance de las comunidades diversas que dice celebrar.

En consecuencia, la crítica que hace BORDO (1990) de la filosofía postmoderna puede aplicarse también a la teoría postestructural, cuando dice: "Nos engañamos si creemos que la teoría post-moderna tiene presente el 'problema de la diferencia', cuando muchos otros concretos están excluidos de la conversación" (pág. 140).

RESPUESTA 2: ASUNCIÓN DE LA CRÍTICA POSTESTRUCTURAL DE LOS SERVICIOS ASISTENCIALES DIRECTOS

Junto con la antipatía manifestada por muchos trabajadores sociales progresistas hacia las teorías "post", algunos autores han utilizado los análisis postestructurales de las ciencias humanas para extender la comprensión crítica de las prácticas contemporáneas de los servicios de bienestar. Un área de afinidad entre FOUCAULT (1981a, 1991a) y el trabajo social crítico es el reconocimiento de que las prácticas de bienestar están implicadas en los procedimientos de control social (véanse: ROJEK y cols., 1988; HOWE, 1994; LEONARD, 1994). Las investigaciones de FOUCAULT señalan que, en la época moderna, "la preocupación por la 'norma' y la desviación de ella han cobrado mayor importancia que las cuestiones de los valores, la justicia, lo correcto y lo erróneo" (pág. 132). Las ocupaciones de servicio a las personas, incluyendo la medicina, el derecho, la educación y el "trabajo social", están orientadas a la normalización de las poblaciones desviadas.

Sin embargo, la obra de FOUCAULT también extiende las perspectivas radicales establecidas a las dimensiones controladoras del trabajo asistencial, mostrando cómo contribuyen los servicios a las personas a la subordinación de las poblaciones marginadas. LEONARD (1994) señala que una historia foucaultiana del trabajo social pondría de manifiesto las sutiles operaciones de control que operan a través de los procedimientos de bienestar que hacen que "la razón, la objetividad, el método y la organización burguesas y patriarcales tengan mayor importancia que la irracionalidad, la subjetividad, el caos y la desorganización de los accidentes de las clases sometidas" (pág. 21).

Es curioso que este interés por la racionalidad se detecte tanto en los discursos ortodoxos como en los del trabajo social crítico. Se afirma que, en su fe ciega en las proposiciones de verdad de la modernidad, el trabajo social ha desempeñado, junto con los demás servicios a las personas, como la medicina, el derecho, la enfermería, la educación y las terapias, un papel fundamental en las actuaciones de vigilancia y disciplina.

La crítica que hace FOUCAULT de los aspectos opresivos de la actividad de bienestar no difiere en absoluto de la desarrollada en el canon del trabajo social crítico. Sin embargo, la obra de FOUCAULT cuestiona la oposición surgida en la bibliografía crítica, que proclama el potencial emancipador de ciertas técnicas de trabajo social (por regla general, formas de acción comunitaria, no oficiales), mientras que presenta otras como medios de control estatal (en especial, las formas de trabajo oficiales o de trabajo individual).

Según FOUCAULT, no hay escape del poder. La práctica no puede desconectarse de los sistemas modernos de poder, que lo invaden todo. Mientras sea posible la práctica crítica, estará siempre configurada por los contextos históricos y locales en los que están inmersas las actuaciones de trabajo social.

EL CUESTIONAMIENTO DE LA ASUNCIÓN ACTIVISTA DE FOUCAULT

A pesar de la proliferación de escritos de trabajo social crítico que asumen las críticas de FOUCAULT de los servicios modernos a las personas, creo que los profesionales deberían ser cautos al enfocar este aspecto de su obra. La adopción del análisis de FOUCAULT como explicación completa de las operaciones del trabajo social contemporáneo supone pasar por alto su llamada a la investigación de los lugares en los que la práctica se lleva a cabo.

La crítica histórica de FOUCAULT pretendía incorporar la totalidad del campo de los servicios a las personas, incluyendo el trabajo de los jueces, los docentes, los psiquiatras y los médicos. Por tanto, los trabajadores sociales críticos deben preguntarse por la utilidad de sus ideas para ocuparse de los aspectos específicos de las prácticas de trabajo social, así como de su diversidad.

No estoy de acuerdo con la aplicación al trabajo social de la crítica general de los fundamentos científicos positivistas de los servicios a las personas que hace FOUCAULT, como ilustra la siguiente observación de LEONARD (1994):

Un discurso profesional como el del trabajo social se basa en la premisa de que el saber experto es una aproximación cada vez mayor a la verdad acerca de lo que existe en el mundo objetivo —nuestro diagnóstico, nuestra evaluación, nuestra interpretación— y, por eso mismo, excluye, con distintos grados de rigidez, el saber externo. (Pág. 22.)

A pesar de la lucidez de la crítica de FOUCAULT al positivismo, su aplicación directa a la comprensión y la transformación de las prácticas del trabajo social contemporáneo es errónea por diversas razones.

En contraste con muchas profesiones de servicio a las personas, no puede decirse que el trabajo social tenga una base uniforme de conocimientos. Muchos teóricos del trabajo social reconocen la permeabilidad, la irregularidad y el carácter reaccionario de los conocimientos del trabajo social (véanse, por ejemplo, ROJEK y cols., 1988; HOWE, 1994; OPIE, 1995). Por ejemplo, en su estudio de los trabajadores sociales dedicados a la atención a ancianos, OPIE (1995) descubrió que los trabajadores sociales eran menos capaces que otros profesionales de servicios a las personas de delimitar áreas claras de conocimientos y destrezas técnicas o profesionales. La variabilidad de los conocimientos del trabajo social es prueba de la influencia de una serie de

paradigmas, distintos del positivismo, en el desarrollo de los conocimientos. Durante más de tres décadas, el paradigma positivista ha sido objeto de acalorados debates entre los trabajadores sociales (PEILE, 1988; ATHERTON, 1993). Durante este tiempo, el interpretativismo (que es muy relativista) y las perspectivas críticas han tenido una influencia considerable en este campo (véase: LANGAN, 1998). De este modo, los conocimientos del trabajo social son marcadamente diferentes de los de otras muchas ocupaciones de servicios personales, como la psicología y la medicina, cuyos fundamentos cognoscitivos siguen siendo muy positivistas.

El hecho de señalar el carácter precario de los conocimientos del trabajo social no supone negar que los trabajadores sociales consigan poder mediante su saber, incluyendo el poder sobre los usuarios del servicio. No obstante, quiero señalar que la crítica que FOUCAULT hace del positivismo se limita a la comprensión de las operaciones de poder-saber en las prácticas del trabajo social, que son declaradamente antipositivistas, antiexpertas y antitécnicas. La imposibilidad de afrontar críticamente otros enfoques del saber en el trabajo social resulta problemática porque el saber, incluso el conseguido mediante la experiencia vivida, no es nunca inocente con respecto a las operaciones del poder (SCOTT, 1992).

Al limitar el empleo de la teoría postestructural a los aspectos que refuerzan las perspectivas establecidas del trabajo social crítico, es posible que los activistas pasen por alto las oportunidades que les ofrece este conjunto de trabajos para repensar el trabajo social. En consecuencia, propongo que los trabajadores sociales progresistas vayan más allá de la aceptación condicional de las teorías postestructurales críticas y aborden de forma más completa los aspectos más problemáticos y desconcertantes de este conjunto de trabajos. Me ocuparé a continuación de esta cuestión.

RESPUESTA 3: LA TEORÍA POSTESTRUCTURAL Y LOS PROCESOS DE TRABAJO SOCIAL

Una tercera respuesta, que ha ido ganando aceptación en la década de los noventa, es la de aprovechar las oportunidades que ofrecen las teorías "post" para trascender los supuestos racionalistas de los discursos modernos de la práctica y de la política (véanse: OPIE, 1988; LOWE, 1990; GORMAN, 1993; PARDECK y cols., 1994; POZATEK, 1994; LAIRD, 1995). Desde esta perspectiva, se emplea el postestructuralismo para deconstruir las apelaciones al "núcleo" o "esencia" del trabajo social y pasar, en cambio, a las teorías de la práctica que se ocupan de la complejidad y la diversidad contextual de las prácticas profesionales del trabajo social.

Este enfoque sostiene que la teoría postestructural facilita un compromiso más productivo con la diversidad de actuaciones de bienestar que el posible dentro de la tradición crítica exclusivamente. Esto se debe a que las ideas de la teoría postestructural nos invitan a reconocer que el "trabajo social", como todas las demás entidades, se construye a través de los discursos. En consecuencia, igual que las entidades varían de un contexto a otro, también cambia la naturaleza de lo que "sea" trabajo social. Las teorías del trabajo social crítico han tendido a reducir la importancia del contexto, como pone de manifiesto, por ejemplo, la escasez de bibliografía activista que se ocupe de las posibilidades de la práctica progresista en contextos prácticos convencionales, como los hospitales o los organismos burocráticos, o en contextos en los que esté presente el poder oficial. Al llamar la atención sobre el poder productivo del discurso, la teoría postestructural invita a los trabajadores sociales críticos a situar sus ideas en los contextos históricos y locales de la práctica.

Este reconocimiento del contexto es fundamental, porque el trabajo social, sea ortodoxo o crítico, no puede evadirse del contexto histórico en el que están inscritas sus actuaciones profesionales, como el resto de las prácticas de todas las profesiones de servicios a las personas. En todos los países occidentales, los servicios directos a las personas han contribuido a las prácticas de colonización y desposesión. Las propuestas liberadoras de los trabajadores sociales críticos están condenadas a que las consideren sospechosas las personas cuyas experiencias de las actuaciones de bienestar hayan sido todo menos liberadoras. Esta desconfianza no desaparece por el mero hecho de que los trabajadores sociales digan que adoptan una postura progresista. En su crítica de la bibliografía de la práctica crítica contemporánea, LARBALESTIER (1998) dice:

Para los indígenas australianos, la idea de un "estado benefactor" que trabaje en beneficio de sus "intereses" es, como mínimo, una representación que discutir. Como clientes de la beneficencia, todos conocen bien las diversas formas de estímulo y coerción para modificar sus formas de estar en el mundo en direcciones más "adaptativas socialmente" y "con una finalidad"... [que formaban parte] de las

políticas de asimilación de Australia dirigidas a la erradicación de las identidades culturales indígenas. (Pág. 78.)

La práctica crítica es posible, pero el reconocimiento de los contextos históricos y locales de la práctica del trabajo social exige una mayor modestia a la hora de proclamar lo que pueda conseguirse.

También conviene prestar atención al contexto histórico para dirigir la atención de los trabajadores sociales críticos hacia los cambios de costumbres y los efectos de las estrategias de la práctica crítica que se produzcan con el tiempo. Muchas técnicas de las sociedades contemporáneas, preparadas para configurar y dirigir la conducta de los individuos, como las consultas a la comunidad y la educación comunitaria, se desarrollaron al principio en diversas organizaciones no gubernamentales, pero, desde entonces, los servicios gubernativos las han colonizado (BENNETT, 1998, pág. 76). El reconocimiento de los cambiantes contextos de acción del trabajo social debería motivar a los trabajadores sociales críticos para superar la complacencia acerca del carácter intrínsecamente crítico de cualquier enfoque práctico.

Las perspectivas postestructurales destacan el carácter abierto y multifacético de textos y descripciones (OPIE, 1988, pág. 4). Todas las apelaciones a la verdad, incluyendo las efectuadas por los teóricos del trabajo social crítico para comprender los auténticos orígenes de los problemas a los que se enfrentan los usuarios del servicio, están expuestas al cuestionamiento y la negociación.

Por tanto, desde una perspectiva postestructural, el trabajo social debería ocuparse menos de descubrir causas y explicaciones por medios científicos y más de centrarse en "el texto, la descripción y el arte" de la práctica (PARTON y MARSHALL, 1998, pág. 247). Por ejemplo, la terapia narrativa, un enfoque práctico que se basa en ideas postestructurales, envuelve a los trabajadores sociales y a los usuarios del servicio en la creación de descripciones nuevas y significativas que pretenden ampliar las posibilidades de comprensión y de acción.

Además, la teoría postestructural dirige la atención hacia la intolerancia de las diferencias que se enraíza en el centro de las prácticas de trabajo social, incluyendo los enfoques de la práctica crítica. Por ejemplo, las actividades de concienciación han tendido a desestimar las reivindicaciones alternativas de las poblaciones subordinadas como operaciones del "inconsciente" o "falsa consciencia".

En cambio, al reconocer la multiplicidad de las afirmaciones de verdad, el postestructuralismo puede contribuir al establecimiento de unas formas nuevas y más respetuosas de afrontar las diferencias.

Quiero pasar ahora a la consideración de las consecuencias de la teoría postestructural para la representación de las entidades fundamentales del trabajo social crítico, en especial, el poder, la identidad y el cambio.

REPRESENTACIONES DE LA PRÁCTICA

Al centrarse en las representaciones de la práctica, la teoría postestructural dirige la atención hacia los discursos mediante los que se constituye el trabajo social activista (véase: ROJEK y cols., 1988). Para las teorías sociales críticas, no existen relaciones de poder independientes, como revelación de algo que existiera siempre, sino que se producen a través de ellas. Así, las representaciones del discurso crítico no sólo deben examinarse por las afirmaciones que hagan, sino también por los tipos de subjetividades, objetos sociales y relaciones de poder que ellas posibilitan.

A pesar de los muy acalorados debates entre los trabajadores sociales críticos, las ideas fundamentales de la práctica activista se han mantenido herméticamente cerradas a la discusión. Por ejemplo, un amplio conjunto de teorías de la práctica activista se funda en la premisa de que las causas originales de la opresión radican en la estructura social, aunque haya un desacuerdo considerable sobre si tales estructuras son primordialmente patriarcales, capitalistas, imperialistas o una combinación de todas ellas. En realidad, las afirmaciones de los discursos de la práctica activista son tan incuestionables que los teóricos del trabajo social crítico acusan a quienes no los adoptan de contribuir a la opresión de los usuarios del servicio. Una forma utilizada por los activistas para reforzar el atractivo moral de sus afirmaciones consiste en representarlas como análogas a las necesidades "reales" de los pobres. Es ésta una práctica inmoral y arrogante en la medida en que las perspectivas de la práctica crítica no se derivan ya del compromiso con los "otros", cuyos intereses dicen representar mejor que las teorías ortodoxas que discuten. En cambio, los orígenes de estas afirmaciones del trabajo social crítico, como las afirmaciones de la teoría de la práctica convencional, están en las grandes teorías de la modernidad.

Las ideas de la teoría postestructural pueden aumentar la reflexividad de los profesionales activistas estimulando el constante cuestionamiento acerca de los procesos mediante los que se producen unas proposiciones de verdad mientras que se suprimen otras (ROJEK y cols., 1988, pág. 137). Por ejemplo, una crítica postestructural puede centrarse en el modo de destacar determinadas diferencias (como las de clase social) las representaciones de las relaciones entre los usuarios del servicio mientras se nublan otras (como las operaciones locales del poder y el saber y los cambios de estas relaciones con el tiempo). Desde luego, hay riesgos inherentes a los impulsos desestabilizadores de los discursos postestructurales. Muchos activistas temen deslizarse hacia el relativismo sin fin que suponen estas perspectivas, como señala DIXON (1993): "En el relativismo del argumento de que todos somos diferentes pero iguales fluye cierta ambivalencia con respecto a la política, que se basa en desigualdades" (pág. 26). Sin embargo, al destacar las proposiciones de verdad que se

han convertido en la ortodoxia inexpresada e indiscutida de las teorías de la práctica del trabajo social crítico, las perspectivas postestructurales pueden contribuir a unos enfoques más abiertos de la práctica en la acción y en la elaboración teórica.

EL PODER

La teoría postestructural cuestiona la suficiencia de los enfoques críticos para explicar las operaciones locales del poder por medio de "nuestros cuerpos, nuestra existencia, nuestra vida diaria" (FOUCAULT, 1978, pág. 70). La proposición de FOUCAULT de que el poder y el saber están unidos destruye las perspectivas del trabajo social crítico que sitúan el poder en estructuras sociales globales, e insiste (1980d):

La verdad es una cosa de este mundo; sólo se produce en virtud de múltiples formas de restricción, e induce unos defectos regulares de poder. Cada sociedad tiene su propio régimen de verdad, su "política general de verdad", es decir: los tipos de discurso que acepta como verdaderos; los mecanismos y casos que nos permiten distinguir los enunciados verdaderos de los falsos, los medios por los que se sanciona cada uno, y las técnicas y procedimientos a los que se otorga valor para la adquisición de la verdad; la categoría de los encargados de decir lo que se considere verdadero. (Pág. 131.)

Desde esta perspectiva, se invita a los activistas a que reorienten sus análisis. La comprensión de las superestructuras es insuficiente para comprender cómo se mantienen y transgreden las relaciones de poder mediante las relaciones de poder-saber de la práctica.

La obra postestructural de FOUCAULT indica que los discursos activistas, como todas las prácticas discursivas, no existen aparte del poder, sino que están completamente investidos de poder. LEONARD (1996) reconoce que:

La apelación a la ciencia es una justificación de la práctica profesional, burocrática o revolucionaria, tiende a solidificar el poder en manos de los intelectuales y funcionarios del Estado y lo niega a las masas de los oprimidos y desposeídos, cuyo bienestar se ha proclamado como uno de los fundamentos racionales fundamentales del avance científico en Occidente. (Págs. 11-12.)

Se anima a los activistas a que dirijan su atención a las formas del poder que producen sus discursos, incluyendo los efectos excluyentes. Por ejemplo, las afirmaciones de los revolucionarios pueden servir para someter al despreciar otras afirmaciones alternativas de las poblaciones subordinadas, presentándolas, por ejemplo, como casos de falsa conciencia.

Además, la obra de FOUCAULT llama la atención sobre los aspectos represivos y productivos del poder. Aunque amenace las premisas de los discursos de la práctica crítica, esta proposición es también importante porque articula las formas del poder, en especial el poder del trabajador, en el que se fundan las prácticas críticas.

Los procedimientos de la práctica, como la concienciación, la iniciación de la participación colectiva y la lucha, no se producen en ausencia de poder. Por tanto, en vez de la rendición del poder, los discursos de la práctica activista reclaman un uso del poder diferente del que suele relacionarse con las prácticas profesionales.

La importancia que FOUCAULT otorga a la microfísica del poder indica que las relaciones locales de poder no son un mero efecto de las estructurales. Esta idea hace posible una articulación más completa del conjunto de relaciones de poder que surgen en los contextos locales de práctica y, de ese modo, puede ayudar a extender y diversificar las ideas de los procedimientos de la práctica crítica.

LA IDENTIDAD

La teoría postestructural, en especial las obras de las feministas postestructurales radicales, llama la atención sobre las oposiciones a través de las cuales se representa la identidad en los discursos de la práctica crítica. En la escuela de la ciencia social crítica, el poder se considera "coercitivo/opresivo y la identidad se estructura en una jerarquía en la que una posición aparece como dominante sobre las demás" (GIBSON-GRAHAM, 1995, pág. 175).

En los discursos del trabajo social crítico, estas oposiciones son:

Clase media	Clase trabajadora
El privilegiado	El pobre
Saber técnico	Experiencia vivida
Voz	Silencio
Investigador	Investigado
Trabajador	Cliente
Poderoso	Indefenso

En estas representaciones, el trabajador social se sitúa en el lado izquierdo de cada par, mientras que el usuario del servicio aparece en el lado derecho. Aunque es posible que, en su actividad práctica, los activistas traten de invertir o trascender estas dualidades, las dicotomías siguen siendo fundamentales para el análisis activista. Por ejemplo, en su exposición de la obra de la comunidad feminista, DIXON (1993) dice:

"Creo que, como base para desarrollar este modelo de las representaciones dualistas de las identidades del trabajador y del usuario del servicio, me baso en la obra de la feminista postestructural radical Hélène Cixous. En su obra, Cixous (1981b. pág. 90) destaca una serie de dualismos a través de los cuales se estructuran la masculinidad y la femineidad en los discursos modernos, necesitamos mantener una dualidad principal: el poderoso y el indefenso" página 26).

Las representaciones del trabajo social crítico han hecho importantes aportaciones al replanteamiento de la práctica en la medida en que han estimulado a los trabajadores a adoptar una postura de humildad y reflexión. Sin embargo, estas representaciones dualistas también suponen el riesgo de simplificaciones muy graves. FINE (1994) advierte: "Si el postestructuralismo nos ha enseñado algo, es a tener cuidado con las identidades congeladas... a sospechar de las oposiciones binarias, a temer las distinciones claras" (página 80).

En vez de reconocer y celebrar la diversidad, las categorías de oposición del trabajo social reducen un conjunto de diferencias a dos únicas posiciones: "trabajador" y "usuario del servicio". La reducción de diferencias es restrictiva por ambas partes. Por ejemplo, al quedar situado al margen del poder, el usuario del servicio está confinado a una política de resentimiento, en vez de participar en una acción política positiva basada en el reconocimiento de su capacidad de ejercer el poder. El supuesto de la indefensión puede llevar a formas de paternalismo y de autoritarismo en la medida en que se asuma que esas personas carecen de poder y necesitan el poder del otro que las proteja o las ilumine (YEATMAN, 1997; LANGAN, 1998).

Además, estas representaciones suponen que las identidades opuestas conducirán necesariamente a unas relaciones de poder unilaterales y opresivas entre los "trabajadores sociales" y los "usuarios del servicio". Por ejemplo, BURKE y HARRISON (1998) sostienen que:

"Un trabajador social blanco aporta a la situación una dinámica que reproducirá las pautas de opresión a las que están sometidas las mujeres negras en la sociedad en general" (pág. 235).

Este supuesto no permite variaciones locales en las relaciones de poder. Quizá sea aún más importante el hecho de que deje de antemano vacía de contenido la investigación sobre las formas de producirse y mantenerse las prácticas sociales y locales de opresión (YEATMAN, 1997). En otras palabras, aunque un análisis que comience por las grandes estructuras sociales nos diga mucho acerca de las pautas sociales de desigualdad, no nos informará acerca del modo de oponerse a esas pautas y de transformarlas en contextos específicos de acción.

De modo semejante, la presentación de los trabajadores sociales como "poderosos" y como "expertos" es discutible en la medida en que pasa por alto otras formas de situarse estas personas a través de los discursos, en relación con categorías como el género, la raza, la sexualidad y las experiencias vividas. Las categorías de oposición a través de las cuales las identidades de la práctica, incluyendo los discursos feministas, construyen las teorías del trabajo social crítico, son insuficientes porque, como señala GATENS (1998): La posición de la figura poderosa y de autoridad en los discursos modernos está ocupada por un tipo muy concreto de sujeto: "varón blanco, de clase media, de cuerpo bien constituido y heterosexual" (pág. 7).

Los discursos críticos están limitados en su representación de las distintas formas en las que los trabajadores sociales, muchos de los cuales son mujeres. Sean capaces de ocupar las categorías de autoridad y poder que se les asignan. En realidad, GATENS (1990) llega a cuestionar si estas categorías recogen en grado suficiente las experiencias de los hombres privilegiados a quienes se reservaron originalmente.

EL CAMBIO

Por último, la teoría postestructural cuestiona las ideas lineales de progreso en las que se han basado las formas modernas de trabajo social, sean conservadoras u ortodoxas. La teoría postestructural, en particular la obra de las feministas postestructurales radicales, invita a revalorizar las formas de conocimiento marginadas en los discursos modernos, como las formas no lógicas, irracionales y emocionales del saber. El postestructuralismo puede utilizarse para desestabilizar las afirmaciones racionalistas del discurso crítico que suponen que, si se realiza el análisis correcto, del mismo se seguirán las prácticas correctas.

La fe de los trabajadores sociales críticos en el racionalismo es evidente, por ejemplo, en la afirmación de MULLALY (1993) de que "el individuo que vive en la pobreza sería tratado de forma punitiva o paliativa por un trabajador social conservador y como víctima de un orden social opresivo por un trabajador social marxista" (pág. 44). Afirmar que, de un determinado análisis, se seguirán ciertas prácticas es extraordinariamente ingenuo, teniendo en cuenta la inconstancia de la acción humana y la considerable cantidad de pruebas de la historia contemporánea de los procesos nada liberadores que se mantienen e. incluso, prosperan en el contexto de las proposiciones emancipadoras. De hecho, el siglo xx está plagado de ejemplos de la utilización de ideales utópicos para justificar prácticas sociales opresivas (LYOTARD, 1984; LEONARD, 1996. página 11). En los contextos locales de la práctica profesional, los discursos críticos pueden llevar a la supresión de distintas perspectivas, incluso entre las personas cuyos intereses dicen proteger los trabajadores sociales críticos. Como examinaré en el Capítulo VI, los procesos de concienciación pueden contribuir a una forma de cambio restringida en la que los miembros de la población oprimida aprenden a hablar de forma diferente acerca de sus experiencias, sin que cambien en absoluto las prácticas sociales en las que participan.

La obra de FOUCAULT problematiza aún más las estrategias emancipadoras basándose en que están involucradas en procesos de vigilancia y actividades disciplinarias (véanse: FOUCAULT, 1980c, 1981a, 1991f). Por ejemplo, FOUCAULT dice que las prácticas contemporáneas relacionadas con la sexualidad, como la proliferación de discursos sobre este tema, no liberan la sexualidad, sino que la hacen materia de obsesión pública (FOUCAULT, 1981a, página 44). De acuerdo con este punto de vista, por tanto, no basta con suscribir un conjunto de estrategias "emancipadoras", sino que hay que preguntarse también por los efectos locales de esas prácticas.

En su promoción del carácter local y de la complejidad, el postestructuralismo puede llamar la atención sobre las prácticas cotidianas del trabajo social como lugares de análisis y de acción. La importancia de esta reorientación se refleja en las observaciones de LANE (1990) sobre el trabajo de la comunidad feminista:

Aunque las "verdades" universales y las "orientaciones para la práctica" puedan ser confortantes... el problema para la teoría y la práctica del trabajo comunitario consiste en abrazar, en vez de lamentar, la incertidumbre de un "incesante compromiso crítico" con las experiencias diarias de las mujeres con quienes trabajamos. (Pág. 179.)

Las ideas de la teoría postestructural pueden desestabilizar los dualismos que privilegian el pensamiento racional y el cambio estructural en las prácticas progresistas. En su imperturbable celebración de las diferencias, la teoría postestructural llama la atención sobre el autoritarismo presente en los ideales utópicos. A través de estos impulsos desestabilizadores, el postestructuralismo hace posibles nuevas formas de trabajo social activista que cuenten con la diversidad del contexto, los conocimientos y las aspiraciones de los trabajadores y los usuarios del servicio involucrados en las actividades del trabajo social.

LA PRÁCTICA COMO BASE DEL DEBATE

Los trabajadores sociales han criticado, con mucha razón, el lenguaje arcano y el carácter esotérico de gran parte de la teorización "post" (LEONARD, 1997). Todavía no se ha desarrollado el diálogo entre las teorías "post" y las prácticas del trabajo social. En los dos capítulos siguientes, pretendo mostrar cómo puede llevarse a cabo el diálogo entre estos dos campos.

En los capítulos siguientes, basaré mi exposición de las teorías contemporáneas en los contextos de la práctica del trabajo social. Trato de extender las prácticas del trabajo social crítico:

- ⌘ destacando las posibilidades y los límites de los enfoques de la práctica crítica para comprender las prácticas activistas en un amplio conjunto de contextos prácticos;

- ⌘ analizar la suficiencia de los enfoques estructurales del poder para comprender las operaciones del poder en los procesos de la práctica activista;
- ⌘ examinar la percepción y la función de la "identidad" en los procesos de la práctica activista, en particular cómo pueden hacerse más complejas estas representaciones en el curso de la práctica;
- ⌘ observar los efectos liberadores y restrictivos de los programas activistas de cambio en contextos concretos de práctica.

En otras palabras, no sólo tendré en cuenta los efectos emancipadores, sino también qué y quién se suprime mediante los enfoques actuales de las prácticas críticas.

EL ENFOQUE DEL ANÁLISIS DEL DISCURSO

En consonancia con la insistencia postestructural en el carácter productivo del lenguaje, utilizaré el enfoque del análisis del discurso para investigar los procesos de la práctica crítica. El análisis del discurso ilumina los procesos a través de los cuales los discursos establecen y limitan las relaciones, las prácticas y las instituciones sociales.

Aunque los trabajadores sociales críticos hayan utilizado los métodos del análisis del discurso para revisar críticamente las teorías de la práctica del trabajo social, la utilización de estos métodos para investigar los procesos del trabajo social constituye un terreno en gran medida virgen. El análisis del discurso puede enriquecer las prácticas progresistas del trabajo social poniendo de manifiesto cómo las prácticas lingüísticas, a través de las cuales manifiestan su idea del trabajo social las organizaciones, los teóricos, los profesionales y los usuarios del servicio, también configuran los tipos de práctica que se producen (véase: HEALY y MULHOLLAND, 1998).

En esta investigación, emplearé las prácticas del trabajo social para dialogar con las teorías de la práctica del trabajo social crítico. Con el fin de ocuparme de mis principales problemas de investigación relativos a la desestabilización y reformulación de las teorías de la práctica crítica, al volver a la investigación de contextos específicos de práctica, utilizo el análisis del discurso para estudiar el lenguaje a través del cual:

- ⌘ los trabajadores sociales críticos delimitan lo que "es" el trabajo social, en especial la práctica activista;
- ⌘ los trabajadores y los usuarios del servicio estructuran y expresan sus ideas acerca del trabajo social en contextos concretos de acción.

Sostengo que los análisis críticos de la práctica han sido limitados en la medida en que su confianza en la gran teoría ha oscurecido la complejidad y las contingencias de los contextos locales de práctica.

Trataré de contrarrestar esta tendencia basando mi análisis del trabajo social en lugares concretos de acción. Los métodos de análisis del discurso me permitirán acceder a la complejidad local que, con demasiada frecuencia, permanece oculta tras las certidumbres de las teorías de la práctica crítica y utilizar estas perspectivas alternativas desde la práctica para desequilibrar las representaciones contemporáneas de lo que "es" y puede ser el trabajo social.

En muchos de los extractos de actuaciones, me atengo a las convenciones del análisis conversacional para marcar el tono y el ritmo de las interacciones grabadas. En el Apéndice, incluyo una leyenda de las convenciones utilizadas.

INVESTIGACIÓN DE LO QUE "ES" EL TRABAJO SOCIAL

Al situar mis investigaciones en contextos concretos de práctica, pretendo evaluar el potencial y los límites de los puntos de vista postestructurales para transformar las ideas y la acción de la práctica crítica. En consonancia con el respeto postestructural hacia lo local y lo ad hoc, mis investigaciones no se orientan a descubrir la verdad sobre el trabajo social, sino, más bien, a elaborar teorías de la práctica lo bastante abiertas para recoger la diversidad del trabajo social en los diversos contextos de práctica.

En esta investigación, tendré en cuenta tanto los medios de actividad "ortodoxos" como los "activistas". Al investigar los contextos convencionales de la práctica profesional, me centraré en los usos y los límites de las ideas críticas del poder para extender los procesos participativos al trabajo social oficial. Este enfoque es importante con respecto a muchos puestos de trabajo social que, sobre todo en la primera línea de la prestación del servicio, conllevan funciones de carácter oficial. Sin embargo, los trabajadores sociales críticos no han hecho mucho para comprender de qué modo pueden ejercer los trabajadores este poder de forma diferente, sin limitarse a aconsejar a los profesionales que minimicen su empleo.

Como lo que me interesa sobre todo es comprender y reformular las perspectivas del trabajo social crítico, me centraré en primer lugar en el análisis de las operaciones del poder, la identidad y el cambio, en el contexto de la práctica activista. Este contexto, al que me referiré como "proyecto antiviolenencia contra mujeres jóvenes", estaba constituido por una campaña comunitaria, fundamentada en un conjunto de perspectivas prácticas críticas, incluyendo el feminismo, el trabajo comunitario crítico y la investigación-acción participativa. Mi investigación se deriva de los dos años en los que participé en el proyecto como trabajadora social y como investigadora.

Mi interés por el proyecto surgió de mi experiencia como trabajadora social en un servicio juvenil, en el que pude descubrir los extraordinarios niveles de violencia presentes en la vida de las jóvenes sin hogar, particularmente de las madres jóvenes. En principio, expuse la idea de un proyecto relativo a las experiencias de violencia

doméstica de las jóvenes con mujeres jóvenes que participaban de una serie de servicios sociales y con las profesionales que trabajaban con ellas. Las mujeres jóvenes a las que consulté señalaron que la "violencia doméstica" no era una expresión que pudieran aplicar a sus experiencias de la violencia por diversas razones: su juventud (para ellas, la violencia doméstica era algo que les ocurría a las personas de mayor edad); su participación en relaciones "no convencionales" e inestables; el conjunto de personas, distintas de sus compañeros sentimentales, que eran responsables de la violencia padecida por ellas. A consecuencia de estas conversaciones, el proyecto se centró en un espectro amplio de violencia al que estaban expuestas las jóvenes, sobre todo las carentes de vivienda y las madres.

La campaña comenzó con un grupo central formado por dos trabajadoras del proyecto (una compañera y yo misma) y siete mujeres de edades comprendidas entre 17 y 24 años que eran o (habían sido) madres adolescentes y que tenían entre uno y cuatro hijos; la mayoría había carecido de vivienda, todas tenían un nivel de renta bajo y todas señalaron que habían padecido violencia, como agresiones sexuales, malos tratos infantiles y violencia doméstica. Todas las jóvenes del grupo central eran angloaustralianas, aunque en las diversas reuniones públicas y en el trabajo del grupo fueron participando jóvenes de un conjunto más amplio de comunidades étnicas. En el transcurso del primer año, participaron en el proyecto un total de 31 mujeres jóvenes y muchos profesionales a través de entrevistas o de la participación en un foro público mantenido por el grupo. En el segundo año, el proyecto desarrolló una red de apoyo mutuo y de defensa que mantiene un contacto permanente con mujeres y madres jóvenes.

Con la autorización de las participantes, registré el desarrollo del proyecto, valiéndome de los siguientes medios: grabaciones magnetofónicas de algunas reuniones del grupo y de acciones públicas emprendidas por el mismo; notas de campo sobre el contenido de las reuniones y otras acciones emprendidas por el grupo; mantenimiento al día de anotaciones de mis reflexiones sobre el proyecto, así como de las de mi co-facilitadora y de las jóvenes que participaban en el grupo central. También anoté los comentarios acerca de la campaña de personas que desempeñaron un papel más marginal en ella, como los profesionales o las jóvenes que asistieron a alguna de las reuniones públicas celebradas por el grupo del proyecto. Al finalizar el primer año del proyecto, llevé a cabo entrevistas con las jóvenes que habían participado en él para disponer de más datos sobre sus reflexiones acerca de los efectos de dicho proyecto.

INVESTIGAR COMO PROFESIONAL

Al situarme yo misma como profesional en uno de los contextos de la práctica sometidos a investigación, pretendía establecer conexiones explícitas entre las dimensiones de teoría, práctica e investigación del trabajo social. Estas conexiones se han perdido o minimizado cuando las prácticas del trabajo social se han visto, con demasiada frecuencia, desconectadas de la teorización sobre el trabajo social, incluyendo la teorización sobre la práctica crítica. Como observa FooK (1996):

"¿Acaso las personas cuyo discurso aceptamos para fijar los términos del debate [sobre la teoría y la práctica] no son las que experimentan la práctica del trabajo social?", (pág. XIII).

En cuanto profesional, fui capaz de reconocer más perspectivas diferentes de las que, quizá, hubiese podido si sólo hubiera puesto de manifiesto mi función como teórica o investigadora. En particular, mis descubrimientos a través de la práctica, la investigación y la elaboración teórica incrementaron mi sensibilidad con respecto a las prácticas de "otredad" en las que se basan las teorías del trabajo social crítico.

El término "otredad" se utiliza para describir el proceso por el que se reducen o ignoran las características que marcan la diversidad dentro de una población. DENZIN (citado en FINE, 1994, página 79) señala que los enfoques críticos del estudio del poder tienden a: crear un yo (colonizador) y un otro (colonizado) como categorías dicotómicas, oposiciones claramente definidas entre las diferencias culturales, étnicas, raciales y de género. Esos tratamientos (después de DERRIDA y BAKHTIN) no alcanzan las complejidades y contradicciones que definen la pertenencia a cada categoría. (Pág. 79.)

Las teorías del trabajo social crítico se basan en este proceso de otredad en sus descripciones de las identidades y las relaciones de la práctica. En cambio, al situarme dentro de los contextos de la práctica, trato de cuestionar estas prácticas de otredad destacando las complejas intersecciones que pueden producirse entre las historias e identidades de los profesionales y de los usuarios de los servicios, sobre todo en los procedimientos de la práctica profesional a largo plazo.

Mi inclusión en el centro de atención de la investigación sobre la práctica profesional no supuso que pudiera pasar por alto las desigualdades estructurales que también formaban parte de las relaciones entre los trabajadores y los usuarios de los servicios. Al contrario, significó que me viera confrontada constantemente con la complejidad y las contradicciones del contexto de la práctica que, con excesiva frecuencia, han dejado de lado las teorías del trabajo social crítico.

Al iniciar la investigación y la elaboración teórica desde el ventajoso punto de partida de la práctica profesional, pretendo llamar la atención acerca de cómo podría proceder en sentido diferente la teorización de la práctica crítica si se situara, al menos en parte, en los contextos locales de acción, en vez de hacerlo de manera casi exclusiva en el de las grandes teorías de la modernidad.

CONCLUSIÓN

En este capítulo, he destacado tres orientaciones adoptadas por los autores del trabajo social crítico ante la teoría postestructural. Me he centrado con cierto detalle en el estudio de las influencias desestabilizadoras que, si acaso, puede ofrecer la teoría postestructural para ampliar la comprensión de los procesos del trabajo social crítico. En los dos capítulos siguientes, examinaré con mayor detenimiento estas ideas en los contextos de la práctica profesional del trabajo social.